curso de una vida regular, aunque laboriosa, no siente esta potestad sino como la regla que la dirige, la fuerza que la sostiene! Pero ¡ah! el hombre abusará de esta dominacion, y la mujer será la presa degenerada de sus apetitos brutales, será la víctima de sus pasiones enfurecidas, será la esclava de su dureza y de su ferocidad: irán pasando los siglos, y las generaciones acrecentando su corriente inicua y haciendo subir con la multiplicidad de sus crímenes, la muchedumbre de penas y dolores de la propia mujer. Estará ella por cuarenta siglos en espera de una doble resurreccion moral y social, en espera de esta lei de plenitud y de amor, que sin privarla de una justa dependencia, la restituya su rango, su dignidad y los preciosos derechos que le comunique sobre su marido el Redentor del género humano.

Observemos ahora cómo esta maldicion de la mujer trasciende al hombre por necesidad, y el género humano tendrá que afectarse, por lei de orígen y de crianza, de los trabajos, penalidades, miserias y dolores de aquella que le dió á luz y que le alimentó con su pecho; miéntras que este antecedente amargo, este orígen doloroso será el preludio, como dice Job, de una vida corta y miserable. "El hombre nacido de la mujer vive pocos años sobre la tierra y siempre henchido de miserias." [1]

Veamos ahora el destino á que quedó condenado el hombre á causa de su pecado. "Maldita sea la tierra por tu " causa, le dice Dios, con grandes fatigas sacarás de ella el " alimento en todo el discurso de tu vida." El hombre pues fué ya desde entónces, no el morador de un paraiso delicioso, sino el habitante pasajero de una tierra maldita. El ántes rei de todas las creaturas irracionales, el ántes árbitro del universo visible, siente caer el cetro de sus manos, y trocarse su soberanía, desde el instante mismo en que escucha la voz de Dios, en una pugna constante de todos los elementos, en una resistencia de la tierra misma para alimentarle y vestirle, en una rebeldía de los animales indómitos, que le persiguen y dañan en vez de obedecerle. Reasumiendo lo que llevamos dicho, se ve que el hombre, despues del pecado, sufrió una triple degradacion en su naturaleza: degradacion física que hizo á su cuerpo esclavo del dolor y presa de la muerte; degradacion intelectual, que dejó caer las mas espesas tinieblas sobre la razon humana; degradacion moral,

1 Homo natus de muliere brevi vivens tempore, repletus multis miseriis. Cap. XIV, ℣. 1.

que pervirtiendo la libertad, avasalló la voluntad á los sentidos; degradacion universal, absoluta, completa.

Pero no es esto todo: el hombre con esta triple degradacion tenia tambien una triple dependencia del Demonio, que le aprisionaba su entendimiento con el error, su voluntad con las pasiones y su cuerpo mismo con los engañosos y mortales placeres.

A medida que esta dependencia se aumenta, va retirándose mas la semejanza del hombre con su Dios y la posibilidad de conocerle, de amarle, de reconciliarse con él, de reconquistar un poder contra la tribulacion, y sobre todo contra el vasallaje del demonio.

¿Qué será pues de la humanidad en este estado? ¿Qué preludio formar sobre su futuro destino? ¿Qué asiento tomará su alma cuando, desprendida del cuerpo, deje las riberas del tiempo para incorporarse en el seno de la eternidad? ¡Ah! es reo de muerte eterna: la vida temporal se emponzoña con el crímen; su inmortalidad será presa de un castigo sin fin. En suma, el hombre nace en el seno del dolor, vive en la tribulacion, habita una tierra maldita, todo conspira contra él en el universo, camina sin cesar al sepulcro, y emancipado del cielo y esclavo del demonio, no tiene otra perspectiva mas allá de la muerte, que una eternidad desgraciada.

CAPITULO II.

IMPOTENCIA ABSOLUTA DE LA HUMANIDAD PARA SALIR DE ESTA DEGRADACION MORAL.

Hemos visto en el precedente capítulo la degradacion humana en sus varios aspectos: trátase ahora de investigar el valor de las fuerzas del hombre para salir de este estado de dolor y miseria. Excusado es decir que nada puede contra el dolor y la muerte; porque este es un hecho incontestable que tiene á su favor el sentimiento de cada uno, la conviccion de toda la humanidad y la experiencia de los siglos. Tampoco estamos en el caso de probar esta misma impotencia contra las vicisitudes de la vida: del primer pecado á esta fecha el hombre ha estado y está en lucha constante con sus propias pasiones, contra las pasiones de los demas, contra los elementos mismos. Reduzcámonos pues á demostrar la impotencia del hombre para restablecer en su alma la perfeccion moral perdida por el pecado.

La perfeccion moral es toda verdad en el entendimiento, bondad en el corazon, órden en la libertad. ¿Porqué? porque nada hai fuera de la verdad, porque sin la bondad solo subsiste el mal, y el mal es el objeto contrario á la moral, y porque la libertad fuera del órden, es la libertad fuera de la lei eterna, cuyo grande objeto es sostener la conservacion é impedir la perturbacion del órden natural. Acerquémonos pues á estos tres grandes elementos de la moral del mundo, para ver en qué grado los poseyó el hombre desde el instante mismo en que consumó su pecado. El solo hecho de aquella transicion del estado de inocencia al estado de pecado muestra claramente que la verdad empezó á oscurecerse en el hombre, así como tambien su voluntad á extraviarse y su libertad á pervertirse, y da bastante luz para reconocer como un hecho de la mas forzosa consecuencia ese menoscabo de poder en el sentido de la verdad, de la virtud y del órden. Aun humanamente hablando, puede formarse un raciocinio concluyente. Si el hombre en estado de luz y de fuerza, que tal es el de su inocencia primitiva, sucumbió á la tentacion, infringió la lei y se rebeló contra su Dios: el hombre caido de esta elevacion, víctima ya de sus pasiones, envuelto en tinieblas, esclavo del demonio y enemigo de Dios, ¿qué podria ya, reduciéndose á sus propios elementos, para reconquistar todo lo que habia perdido, llenándose de luz, adquiriendo y conservando la verdad, amando el bien y entrabando la libertad con las cadenas de la lei? Pero hagamos á un lado estos argumentos especulativos para colocarnos al frente de los hechos y servirnos de las luces que nos ministra la experiencia de todos los siglos.

Ya sabemos cómo el género humano se fué multiplicando rápidamente, y cómo esta propagacion de la especie, léjos de hacer una carrera de adelantos en el sentido de la moral, nos presenta á la humanidad descendiendo por una ruta de abismos hasta las últimas degeneraciones del hombre intelectual, del hombre físico, del hombre moral.

Hai un hecho que nadie ignora, el diluvio, esa primera catástrofe del mundo, esa primera desaparicion de todos los hombres juntos, ese castigo inmenso que el cielo precipita sobre la tierra para raer de su superficie la profunda contaminacion que sobre ella hubo echado el pecado. "Viendo " Dios, dice la Santa Escritura, ser mucha la malicia de los " hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su " corazon se dirigian al mal continuamente, pesóle de haber " creado al hombre en la tierra. Y penetrado su corazon de " un íntimo dolor, " Yo raeré, dijo, de sobre la faz de la tierra

" al hombre á quien crié." [1] Entónces el Señor, para ejecutar este castigo sobre la humanidad delincuente, envió el diluvio universal sobre la tierra, creciendo las aguas hasta dejar hundidas las cumbres de los montes; "y pereció toda " carne, dice la Santa Escritura, que se movia sobre la " tierra.... Los hombres todos, y todo cuanto en la tierra " tiene aliento de vida, todo pereció."

¿Qué juicio formarémos pues en vista de esto sobre el poder humano para rehacerse de la verdad, de la virtud y de la felicidad? ¡Ah! que la impotencia del hombre era universal y absoluta, y que incapaz de contenerse dentro de los límites del primer pecado, le fecundó y multiplicó en la tierra en tanto grado, que el mismo Dios se arrepintió de haber creado al hombre.

Tal vez se dirá que los mismos golpes recibidos son unos estímulos poderosos para la reaccion moral, y que el hombre puede volver sobre sí, cuando ha recibido en su propia cabeza ó ha visto caer sobre la de otros, estos golpes terribles de la justicia divina. Así debia ser en efecto; pero la historia desmiente esta conjetura, poniéndonos á la vista que el pecado se multiplica y progresa sin cesar. Sábese mui bien que por la existencia de una familia justa, cuyo gefe era Noe, no se cortó enteramente el hilo de la humanidad: que este se salvó en la arca misteriosa para ser despues el segundo padre del género humano. De hecho, despues del diluvio, Noe se reproduce y nuevas generaciones vienen á poblar la tierra. Mas apénas la humanidad empieza á crecer, el desórden se insinúa, y el pecado mortal brota del seno de las mismas generaciones, y se reproduce y multiplica mas que ellas, y léjos de fecundar parece destruir del todo la esperanza. Vemos familias justas, varones escogidos, hombres de Dios, pero tan raros, que parecen algunas ligeras tablas que flotan sobre el océano despues de un naufragio espantoso. A medida que el pecado progresa, todas las plagas y todas las miserias se multiplican, la guerra, la peste, el hambre, la persecucion, la lucha de todas las pasiones. Hasta que por fin las últimas degradaciones de la humanidad provocaron de nuevo la cólera del cielo, haciendo desaparecer entre las llamas las ciudades infames de Sodoma y de Gomorra. Volvemos á preguntar: ¿á qué se reduce el poder del hombre, ni qué han valido sus experiencias todas contra la ceguedad del entendimiento, el embrutecimiento de los vicios y los castigos del cielo? No multiplicarémos los ejemplos; pero sí, para con-

[1] Génes. cap. VI, V. 5, 6 y 7.

cluir este punto, nos detendrémos un tanto á observar la marcha de todos los elementos morales, durante los cuarenta siglos que precedieron á Jesucristo.

Sabido es que, para que la verdad, la lei y los designios de misericordia no fuesen á perecer absolutamente en el fondo de toda la humanidad corrompida, Dios escogió un pueblo que se multiplicase con absoluta separacion del resto de los hombres, para que fuese el depositario de su verdad, el órgano de sus revelaciones, el conductor de sus promesas, el custodio de su lei, el gran cuadro figurativo de la persona, del reinado y de la Iglesia de Jesucristo: que este pueblo, á pesar de sus pecados, de sus muchas ingratitudes, de sus frecuentes rebeldías, no dejó de conservar el carácter de escogido, hasta el momento mismo en que pisó el umbral del nuevo reino, sin penetrar adentro, por no haber querido reconocer al Mesías. El resto de la humanidad, conocido bajo el nombre de gentilismo y paganismo, se siguió gobernando de por sí sin tener todo lo que el pueblo escogido poseia. Este pueblo gentil sin revelacion, sin sacerdocio legítimo, sin lei celestial, en suma, sin mas que el hombre mismo, nos representa perfectamente al hombre tal como quedó y siguió progresando despues del pecado. Detengámonos pues en esta muchedumbre de sociedades del paganismo, para ver de cerca lo que es el hombre cuando solo cuenta consigo, y persuadirnos enteramente de su impotencia total para rehabilitarse en el sentido de la perfeccion.

Este pueblo se gobernaba por la razon y la cultivaba de hecho; este pueblo se preciaba de civilizado y hacia alarde de la cultura de las costumbres; este pueblo se preciaba de altamente social, y tuvo la pretension de dejar á la admiracion y á la imitacion de los futuros siglos sus instituciones y sus leyes. Este pueblo nada dejó por ensayar, y acaso ninguno ha sido despues ni tan fuerte, ni tan constante, ni tan laborioso en el sentido de la perfeccion. Este pueblo hizo tributarias á todas las generaciones venideras de la gloria de sus capitanes ilustres, del celo de sus filósofos, de la profundidad de sus sabios, de la prudencia de sus legisladores, del patriotismo de sus hijos, de la elocuencia de sus oradores y de la sublime inspiracion de sus poetas. Los Alejandros, los Aníbales, los Pompeyos, los Césares, parecen buscar en vano todavía quienes les excedan en la gloria de los combates: lo mismo podriamos ir diciendo de los filósofos, de los oradores y de los poetas. Es necesario convenir en que todo lo que puede por sí la naturaleza humana, parece haberse recopilado en las primeras memorias de Egipto y en

las naciones para siempre célebres de la Grecia y de Italia. Si pues en estos pueblos, á pesar de sus esfuerzos, no vemos sino errores en la inteligencia, vicios en el corazon, desórden permanente en la sociedad, es preciso convenir en que la humanidad era impotente con todas las impotencias contra la profunda degradacion de su naturaleza y el fallo irrevocable de su destino.

Preguntémos á estas naciones por todas las verdades religiosas y morales á pesar de sus filósofos, de sus sacerdotes y de su culto; preguntémosles por el heroismo de la virtud á pesar de sus célebres caudillos; preguntémosles por el órden de la sociedad á pesar de sus legisladores y de sus magistrados, y ellas no nos darán sino respuestas de muerte.

Su Dios es el resúmen de todos los extravíos: parece que fatigados de buscarle en vano, le multiplicaron sin tino, como de hecho lo hicieron, divinizando el barro inanimado, el animal inmundo, las pasiones todas y hasta los vicios mas abominables. Su moral está representada en las consecuencias precisas de este culto monstruoso, en los goces de la sensualidad, en las abominaciones de la lujuria, en todas las barbaries hasta donde puede llegar el embrutecimiento de espíritu.

La felicidad social estaba representada en la esclavitud, bien así como la marcha política en las alternativas constantes de la rebelion y de la tiranía. La vejez de un esclavo es un delito de muerte; la fecundidad de la mujer es un derecho para el parricidio; su sociedad con el hombre una degradante y bárbara esclavitud; la muerte de los criminales una bella diversion para la alta sociedad. En fin, todos los errores mas crasos y todas las ignorancias mas increibles tienen su cuna en aquellos pueblos de filósofos: todos los elementos contrarios á la estabilidad de los pueblos tienen sus combinaciones mas exquisitas y mas eficaces en aquel pueblo legislador: todos los vicios mas infames que depravan al hombre, tienen su rango en la historia privada de aquel pueblo de moralistas. En fin, á medida que los tiempos pregresaban, la verdad desaparecia, y hasta las mismas inclinaciones rectas iban sucesivamente acabando: nada es tan verdadero ni tan profundo como aquel oráculo del profeta que, hablando de Jesucristo, le representó como una luz que resplandecia en el fondo de las tinieblas con un esplendor vivificante que debia brillar sobre aquellos pueblos hundidos en la mas profunda oscuridad, sentados á las sombras de la muerte.

Concluyamos: la misma transicion de la inocencia al pecado, la historia del género humano hasta la confusion de

las lenguas, y la del paganismo hasta Jesucristo, son un argumento incontestable de la impotencia absoluta del hombre abandonado á sí mismo para reconstruir en su alma el arruinado edificio de la moral.

CAPITULO III.

NECESIDAD DE UN REDENTOR.

Degradado el hombre hasta un extremo tan desesperado, ¿qué recurso podria quedarle en sí mismo para restablecer en su alma la santidad en que fué creado, para reconquistar sus derechos perdidos á la bienaventuranza? Ninguno ciertamente. Si en el órden puramente natural el hombre fué descendiendo progresivamente hasta el grado que hemos visto, grado fatal en que ya no se conoce á sí mismo, no conoce á Dios, ignora su último fin, no sabe de la lei sino algunos puntos, pues que insensiblemente fué oscureciéndose su razon; en el órden sobrenatural, órden que está todo en el cielo, y que no reina en la tierra sino por una pura gracia, órden que entraña la luz de la fe, la fuerza de la esperanza, el fuego de la caridad, virtudes todas que el hombre no puede crear nunca, que ni aun conoceria jamas si no se le hubieran revelado, en este órden, repetimos, ¿qué podria hacer una humanidad tenebrosa y corrompida?

Vemos pues como sin un Redentor que salvase á la humanidad de la muerte eterna, esta salvacion era imposible, supuesto que Dios, para perdonar al hombre, exigia, como veremos luego, una satisfaccion completa. Necesidad de una satisfaccion digna para que el hombre fuese perdonado; impotencia del hombre para darla; motivos que determinaron á Jesucristo á satisfacer por nosotros: suficiencia de esta satisfaccion para conseguir el fin: he aquí los principios generadores de los dogmas que se refieren al misterio de la Redencion.

Para dejar pues bien establecido este punto cardinal de nuestros dogmas católicos, debemos, ante todo, manifestar que, absolutamente hablando, Dios podia sin necesidad de que el hombre fuese redimido, esto es, sin necesidad alguna de satisfaccion plena, perdonar al hombre, restituirle la gracia y otorgarle la gloria. Esto es claro clarísimo, pues para convencerse de ello, basta tener una idea de Dios. Mas este Ser Omnipotente no quiere todo lo que puede, y por lo mismo, para estudiar su voluntad relativamente á nosotros, no debemos partir de lo que puede sino de lo que quiere. Pues bien, Dios no quiso perdonar sin ser satisfecho; y en el plan de reparacion que concibió *ab æterno* para salvar al hombre, figuran en perfecta concordia su bondad y su justicia. Ofreció perdonar á la humanidad; pero con la condicion de dejar plenamente satisfechos los derechos de su justicia. Sirvan pues estos antecedentes para caracterizar bien el estado de la cuestion y fijar el sentido teológico de nuestros discursos en tan delicada materia. Frecuentemente dirémos que las relaciones entre Dios y el hombre no podian restablecerse sin la redencion; pero este no podia se entiende supuesto aquel plan de regeneracion, supuesto que Dios no quiso perdonar sin recibir una satisfaccion condigna. Entremos pues en materia.

El pecado alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres; esta alteracion condenó á los segundos á ser infinita y eternamente desgraciados; el género humano no contaba en la suma de su poder con ningun recurso capaz de salvarle de esta desgracia; Dios por su parte, y supuesta la satisfaccion de condigno que exigia, no podia salvar sin perdonar, ni perdonar sin ejercer un acto de bondad infinita, ni ejercer este acto sino despues de haber ejercido otro de justicia infinita, ni ejercer este acto de justicia, sino en una víctima de infinito precio, ni hallar esta víctima en una persona puramente humana, pues en este caso seria finita, ni en un objeto puramente divino, pues en este caso seria impasible. Luego era necesario un mediador, y que este mediador fuese Dios y hombre verdadero. Pasando de aquí á Jesucristo, verémos todas nuestras reflexiones confirmadas con el hecho, aplicando á este personaje histórico todas las reglas de la crítica, para reconocer en él al Mediador de la Nueva Alianza. Harémos alguna reflexion sobre cada uno de estos puntos.

§. I.

El pecado produjo un mal infinito.

¿Cómo podrá admitirse, se nos dirá, esta suposicion, siendo el hombre finito por su naturaleza? ¿Cómo una causa finita puede producir un efecto infinito? Esta dificultad desaparecerá tan luego como demos los primeros pasos en el análisis de esta cuestion.

Este mal infinito puede considerarse bajo dos aspectos;

primero, como el efecto natural de una causa eficiente en el órden del poder; segundo, como un efecto contingente, pero indispensable, supuesta una causa ocasional. Considerado bajo el primero, claro es que no puede aplicarse al hombre, porque solo Dios tiene el poder necesario para producir en los decretos de su justicia un mal infinito, ó en los designios de su bondad un bien infinito. Consideramos pues la cuestion bajo el segundo aspecto, y limitándonos á él, decimos que el pecado produjo esencialmente un mal, y que este mal tiene el carácter de infinito, no por la extension de la fuerza que le produce, sino porque, puesto el pecado, no podian subsistir las relaciones de amor entre Dios y los hombres; faltando estas relaciones, no por una simple carencia, sino por la interposicion de un crímen, quedaban subrogadas con un odio recíproco, y siendo Dios uno de los términos de esta reciprocidad, este odio produce un mal infinito: es decir, que puesto el pecado, se pone el odio, puesto el odio se extingue el amor, y extinguido el amor, cuyo término debia ser la posesion de un bien infinito, no queda sino un desórden, cuyo término necesario debe ser el sufrimiento de un mal infinito.

§. II.

Este mal alteró infinitamente los relaciones entre Dios y el hombre.

Dios y el hombre (en el estado de inocencia) forman una sociedad primitiva, y esta sociedad, como todas, tiene un principio de vida y un elemento de muerte. El principio de vida consiste en la produccion y conservacion de los seres; el elemento de muerte consiste en cuanto puede servir de obstáculo á estas cosas, ó lo que es lo mismo, en cuanto tiende á destruirlas. Los seres se producen y conservan por el amor: luego la simple falta de este principio constituye el mal positivo de la recíproca tendencia á la destruccion mútua. Esta tendencia, que en los objetos puramente físicos cae bajo las leyes de la composicion y descomposicion elemental de los cuerpos, en el órden moral se considera como el efecto natural de un sentimiento contrario al amor; este es el sentimiento del odio. Puesto el pecado, apareció un objeto esencialmente destructor del amor. ¿Porqué? porque el pecado ataca todo el sistema de las perfecciones divinas, y por consiguiente se interpone entre el hombre y Dios, para hacer que estos dos seres no se liguen ya por ninguno de sus

aspectos. Nada importa que el autor del pecado sea un objeto finito, cuando el pecado es y será siempre un obstáculo que impide el ejercicio de un amor infinito. El pecado produce todos sus efectos, segun la extension y carácter de la persona que le comete y del objeto contra quien se dirige: en el hombre destruye todo el amor que puede tener á su Dios; en Dios destruye todo el amor que tiene al hombre, no como un poder ejercido contra la Divinidad, sino como una circunstancia que imposibilita su amor.

§. III.

Efectos de la alteracion de las relaciones entre Dios y el hombre.

Destruido el principio conservador de esta sociedad del hombre con Dios, solo queda el elemento destructor: este triste resultado está puesto desgraciadamente á la prueba de los siglos y de la historia. "Destruccion de Dios, dice Bonald, para el hombre inteligente, manifestada tanto en las ideas falsas que se forma de la Divinidad, cuanto en los honores divinos que al hombre tributaba; destruccion del mismo Dios para el hombre físico, por las representaciones impuras ú horrorosas con que le pintaba á sus sentidos: destruccion del hombre inteligente, que perdiendo el conocimiento de Dios, pierde la idea de la perfeccion, y por tanto deja de conservarse en la perfeccion conforme á su naturaleza.... destruccion del hombre físico por el desencadenamiento de su fuerza, y por la opresion de su debilidad, y por la barbárie del culto, y por la atrocidad de las guerras, y por la ferocidad de los espectáculos, y por la prostitucion, y por el divorcio, y por la exposicion pública, y por las miserias de la esclavitud, &c.: destruccion, en fin, de todo el hombre despues de esta vida, por los castigos necesariamente reservados al mayor de todos los crímenes, al odio de un Ser infinitamente amable."

He aquí los efectos naturales y positivos, no de la simple falta de un sentimiento, sino de la destruccion de este sentimiento por un acto contrario; es decir, no de la simple inexistencia del amor, sino de su destruccion por el sentimiento que preside al pecado respecto de aquel á quien se dirige; esto es, por el sentimiento del odio.

"Ahora bien, el hombre que aborrece á Dios, observa el autor citado, le aborrece con un odio infinito, pues que este odio tiene por motivo el temor del mayor mal que puede sen-

tir el hombre, de un mal infinito, pues tal es el de su destruccion; y por objeto, al Ser mas poderoso á quien pueda temer, á un Ser infinito. Dios, que aborrece al hombre culpable, le aborrece con un odio infinito; ya porque todos los sentimientos en Dios son infinitos, ya porque el motivo de su odio es un crímen infinito *(por el ser á quien ofende)*, ya finalmente, porque su objeto es un ser infinitamente culpable." [1]

Con este breve análisis queda probado, en primer lugar, que el pecado produjo un mal infinito; en segundo lugar, que este mal alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres, y en tercer lugar, que esta alteracion condenó á los segundos á ser infinita y eternamente desgraciados.

§. IV.

Impotencia de la humanidad para restablecer sus relaciones con Dios.

Así como el mal infinito de que tratamos, fué una consecuencia necesaria y esencialísima del rompimiento de Dios con el hombre por el pecado, así tambien la libertad de este mal infinito debia ser una consecuencia natural y esencialísima de la reanudacion de los antiguos vínculos, del restablecimiento de las relaciones entre Dios y la naturaleza humana. ¿Cómo restablecerlas pues? El amor las produce y conserva; el odio las corta y aniquila: luego era necesario la recíproca sustitucion del odio con el amor entre Dios y los hombres, y por consiguiente, que hubiese una reconciliacion perfecta entre Dios y las creaturas. Mas el hombre no puede reconciliarse con Dios si no es perdonado, ni Dios reconciliarse con el hombre sin ser satisfecho. El primer extremo de esta proposicion es tan claro, que no merece probarse: en cuanto al segundo, ya hemos dicho que no se trata de la posibilidad absoluta ó antecedente, sino de la posibilidad relativa, y consiguiente al plan de reparacion que Dios anunció desde el mismo dia en que quedaron rotos sus vínculos con la criatura: plan en que la bondad divina debia ejercitarse infinitammente, pero dejando cumplidos en el mismo grado los derechos de su justicia eterna, y plan que por otra parte se halla en perfecta armonía con las aspiraciones mas rectas de la razon humana. Segun estos principios, no hai otro recurso para que el hombre se libre del mal infinito que atrajo

1 *Bonald*, Théorie de pouvoir politique et religieux, part. II, liv. IV, cap. II.

sobre sí por su pecado, que el de una satisfaccion condigna, es decir, competente y plenísima, que desarme la justicia de Dios, esto es, una satisfaccion infinita. ¿Y un medio tal estaba en las manos del hombre? Finito bajo todos aspectos en el sentido del bien, luego se concibe que era incapaz de producir este cuantioso efecto en bien de su condicion infinitamente miserable. No nos cansemos, manchada toda la estirpe, y finita la estirpe toda aun cuando no estuviese manchada, podria, si se quiere, ser inmolada toda en un momento; pero esta inmolacion seria estéril para la felicidad: estéril, porque no sobreviviendo el ser á su inmolacion, el perdon careceria de objeto y de sugeto; estéril, porque aun cuando un milagro de la Omnipotencia la hiciese reaparecer de la nada, su satisfaccion hubiera sido impotente, porque hubiera sido finita en el solo hecho de no continuar la víctima padeciendo por toda la eternidad.

§. V.

Ultima consecuencia de lo dicho.—Necesidad de un Redentor.

Si el hombre no puede reconciliarse con Dios sin satisfacer á su justicia, ni Dios perdonar al hombre sin quedar satisfecho, tampoco podrá Dios nunca perdonar al hombre (si este no cuenta con otra cosa que consigo mismo), pues que el hombre no podrá nunca satisfacer á Dios. Luego un mediador entre Dios y el hombre, que satisfaga por este y le alcance de aquel su perdon, es un ser necesario.

"Un crímen infinito supone una justicia infinita en el ser que castiga, ó una bondad infinita en el ser que perdona. Es así que Dios es el ser infinitamente justo y el ser infinitamente bueno: luego castigará al hombre infinitamente culpable con un rigor infinito, y le perdonará con una infinita bondad."

"¿Y cuál es el acto de la justicia infinita de Dios, que quiere castigar al hombre por el crímen infinito de que se hizo culpable? El acto de destruirle. ¿Cuál es el acto de una bondad infinita, que Dios puede ejercer en favor del hombre culpable á quien intenta perdonar? El acto de conservarle. *Luego Dios ha menester al mismo tiempo de destruir y conservar al hombre.* ¿Y esto es posible? Sí: puede destruir un hombre en consideracion de todos los hombres, y

puede conservar á todos los hombres en consideracion de un hombre destruido." [1]

Pero, ¡qué! la idea de un hombre tal, en vez de considerarse realizable, ¿no debe filiarse entre los sorprendentes y bellos imposibles de una vehemente y loca fantasía? Si para resolver este problema hubiésemos de contar exclusivamente con los miserables destellos de la humana inteligencia, aquí deberiamos detenernos á la luz del desengaño, para entonar el cántico de muerte á la esperanza de la felicidad. En efecto, una víctima tal no puede ser un Dios, porque Dios es impasible; tampoco puede ser ninguno de los miembros de la estirpe maldita, porque una víctima contaminada y corrompida no es víctima de propiciacion. Si pues se necesita una víctima humana, exenta del contagio comun y capaz de una satisfaccion y de un merecimiento infinito, preciso es renunciar á la esperanza; porque no siendo la humanidad capaz de producirla, ni la Divinidad capaz de padecer, tampoco debe contarse la salvacion del género humano en el número de los posibles. Mas afortunadamente la fe nos recibe donde la razon nos abandona, y á los últimos destellos del discurso, sucede el esplendor eterno de los dogmas. La razon ha confesado su impotencia, pero al tiempo mismo de colocarnos en el puerto: porque el misterio de la Encarnacion viene á resolver por último el gran problema en que está vinculada la suerte de los hombres. El Verbo Divino se reviste de la naturaleza humana, y esta naturaleza, escogida á propósito para tan grande objeto, es mas pura que la aurora, mas limpia y clara que el astro de los dias. He aquí pues al Mediador que se necesita, porque llena todas las condiciones que exige nuestro remedio. Esta humanidad, elevada por la union hipotástica con la Divinidad en la persona del Verbo hasta el rango de lo infinito, puede representar, no uno, sino millares de mundos; puede satisfacer, no solo para uno, sino para millares de mundos. Inocente y pura, se carga de todos los delitos del hombre, sin tener que satisfacer nada por sí misma, y es en toda la extension de la palabra, una víctima de propiciacion. Infinita por la divinidad del Verbo que con ella se ha vestido, puede satisfacer con su sacrificio á la justicia infinita muriendo por el hombre, y derramar sobre todo él cuantas bendiciones y gracias pueden salir del manantial inagotable y eterno de la Bondad divina.

Concluyamos pues de todas las reflexiones precedentes,

1 *Bonald*, obra y lugar citado. (Extracto.)

que supuesta la satisfaccion exigida por Dios, no podia salvar al hombre sin perdonarle, ni perdonarle sin ejercer un acto de infinita bondad; ni ejercer este acto sin el que pedia la satisfaccion á su justicia, ni obtener esta satisfaccion, sino sacrificando una víctima de infinito precio, ni hallar esta víctima, sino en una persona donde estuviesen reunidas la naturaleza divina con la naturaleza humana; que era necesario un Mediador, que este Mediador debia ser Dios y hombre verdadero.

CAPITULO IV.

PROMESAS DE UN REDENTOR.

Aunque Dios, como se ha dicho hasta aquí, en el plan eterno de reparacion hizo entrar como una necesidad precisa para perdonar al hombre, el quedar plenamente satisfecho de la ofensa que le hizo el pecado, no por esto dejó de atender á esta necesidad imperiosa, á esta condicion precisa que el hombre era incapaz de cumplir por sí mismo. La redencion era una obra divina, y otorgándola el Señor hizo una gracia á los hombres en toda la extension de la palabra. Así es, que desde el momento mismo en que hace conocer al hombre su pecado, le infunde la esperanza, para que no caiga de ánimo bajo el peso mismo de su miseria. Atento á la fatal gradacion que tuvo aquel mal, y considerando por otra parte que el primer móvil y causa del pecado fué el demonio, que hizo caer á nuestros primeros padres, comenzó por maldecir al demonio con aquella maldicion que entrañaba ya todas las esperanzas de la humanidad. Parece que se llenó de compasion á la vista de su creatura seducida y delincuente, y que no quiso pronunciar sobre ella la sentencia sin adelantarle ántes una palabra de salvacion y de esperanza. Antes pues de pronunciar el anatema contra Eva y su marido, dijo á la serpiente: "Por cuanto hiciste esto, maldita tú eres ó seas entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida.—Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás asechando á su calcañar." [1]

Prescindamos de esa parte del anatema que recae sobre

1 Génes., cap. III, V. 14 y 15.